

COM
TODAS
MIS
FUERZAS

WASHINGTON
CUCURTO

emecé



Washington Cucurto

Con todas mis fuerzas

Estoy soñando. Son las ocho de la mañana y mi padre toca el timbre como cada sábado. ¿Viene de escribir toda la noche en Exedra? ¡No! A mí no me miente, viene de estar con la Víbora. Por eso está así, alborotado y cansado, le brillan los ojos como si hubiese llorado un mes entero. Le falla la vista y no puede leer sin que se le parta la cabeza. Siempre tiene un drama y vive sin tiempo. Papá nos abandonó y desde entonces anda boyando. Papá no quiere tener un jefe que lo mande y gasta sus días leyendo y escribiendo poesía. A veces me pregunto, ¿por qué no se borra? ¿Qué sentido tiene vivir así? Y en cuanto a mí: ¿por qué tengo que ir al colegio un sábado a la mañana?

El timbre de la calle chilla como una rata. Salto de la cama con toda la rabia del mundo, me lavo la cara y ya tengo a mi padre frente a mí. Me visto y agarro la mochila con bronca. Es el primer día que voy al colegio, mejor dicho, al curso de ingreso y papá es el encargado de llevarme. ¡Es demasiado temprano!

No sé por qué comencé a ventilar la vida privada en este cuaderno. Será porque siempre me engancho a fondo con las cosas y no acepto olvidar con el paso del

tiempo a Cleopatra escribiendo en el pizarrón: «Geografía, el arte de describir la realidad». Ahora, que cumpla veinte, me animo a regresar, a anotar, a recordar...

Pero para llegar a ese momento tengo que escribir todo de nuevo.

La Factoría

Esta historia transcurre siete años atrás, cuando tenía trece. Así que no digan que la voz no es verídica y que soy un repetidor crónico; me cuesta un montón recordar y encima ponerme en la piel de esos momentos. Pero esto de escribir mis memorias me divierte, me siento un capo, y son tantas las cosas que pueden contarse a los veinte. En realidad, no hay que recordar nada, ya que todo es presente puro, el tiempo todavía nos empapa la piel como la lengua de una vaca.

Comienzo por el principio, la primaria: me fue mal en todos los grados. Mi boletín, malo; mi educación, pésima. Soy un analfabeto peleado con los libros. Un rehén de la escuela pública, de mis amigos, de mi barrio, de mi familia, un esclavo de las empanadas, los cómics y los chocolates. Mi guardapolvo era un trapo de piso sin botones y no me quedaba ni un lápiz en la cartuchera. En clase vivía en la luna, miraba al techo o a las arañas en los vértices del pizarrón y las lámparas. ¿Por qué nadie limpia las escuelas? ¿Por qué las estufas son los objetos más olvidados? Ninguna funcionaba,

por lo menos en mi escuela, y nos cagábamos de frío. Pero más que arreglar las estufas, lo que había que hacer era cambiar a las maestras. Si no prestás atención en clase, silbás y escupís el piso en los recreos, no le das bola a ningún compañero y encima en los actos no cantás el himno, sos un desastre, un inadaptado, un mal educado y un mal alumno. Acto seguido, viene el tironeo de la maestra o de la profe de educación física. Todas iguales. Todas viejas. Esperpénticas y monstruosas, si es que es posible ser las dos cosas a la vez. Jamás recibí un gesto de afecto o de aliento de una maestra, todo se unió a la disciplina del tironeo del delantal.

—Quedate quieto, nene —me decía la profe fisico-culturista de Educación Física.

—¡Nene, ya estás grandecito! —me decía la vieja ojerosa de Geografía.

Y uno no es de cartón, un día explota y se las manda a guardar todas juntas.

—Eh, gato. Te estás pasando de pilla; vos, gila.

—¡Ay, qué asco! ¡Cómo me hablás en ese idioma de villeros!

—Pará, viejarda. No es con vos la cosa.

Y siempre había un empujón, juegos de manos, un insulto o una cartuchera que volaba, sobre todo con Gonzalo que jugaba al rugby...

Y otra vez de la oreja a la sala de la dirección del colegio...

Así transcurre la vida de los reacios a la vida escolar: a los sopapos y a los empujones, esos chicos que miramos con desprecio y hasta con asco, que sólo piensan en huir de ese órgano represivo llamado escuela. Andan con el delantal hecho un bollo y no se bañan

nunca y cuando sean grandes serán los desertores de cualquier regla de la vida organizada.

Llamaron a mi padre. La directora lo interrogó con crudeza. «¿Es usted violento? ¿Le pega a su hijo? ¿Es alcohólico?» Mi padre quería abrir la boca para contestar y la vieja le decía: «Cállese». Arriba de su cabeza, en la pared, Sarmiento me miraba con cara de boludo. El culpable de todo. No sé en qué momento mi viejo mandó el único bocadillo de la mañana:

—Es travieso, inquieto, pero nada más. Usted, señora, confunde violencia con travesura.

—¡Yo no confundo nada, no sea maleducado! ¡Hágame el favor de callarse! —retrucó ella con ira.

La respuesta de mi padre fue como si le hubiera puesto un encendedor en el culo. La vieja saltó de la silla. Usaba anteojos y vestía una camisa gris, percutida. Todo en ella tenía aspecto de abandono, de otoño, de dejadez y decadencia. ¡Pobre vieja!, se le habían caído ya todas las hojas de la vida. Apretaba una cartuchera floreada, imagino que ahí tendría las pastillas que la mantenían con un pie en el mundo. A cada rato sacaba del bolsillo de su guardapolvo un inhalador celeste de asmático y aspiraba; parecía que se iba a morir, abría la boca tomando aire y cerraba los ojos con expresión de ahogo. No sé dónde escuché que esos inhaladores son veneno puro porque tienen un remedio que te mata.

—A ver, alumno, ponga sus útiles encima del escritorio, libro de comunicaciones, carpetas y cartucheras. —La directora abrió mi carpeta, leyó mi libro de comunicaciones, abrió mi cartuchera. Miró todo en silencio, muy atenta. —Bueno, no es tan desastre. Usted lo que tiene es que no acepta las reglas. Es un inadapitado, quiero decir es un alumno que no se adapta al ré-

gimen escolar. Y además tiene un aire a caprichoncito, a nene malcriado. Usted debe saber, muchacho, que en esta escuela tiene que hacer caso, no le queda otra.

—Si yo hago caso, señora... —atiné a decir con miedo.

Pero mi padre ya irrumpía con el estilo de su prepotencia.

—Fíjese lo que dice, no se lo voy a permitir —le advirtió a la directora—. Mi hijo no es ningún inadaptado, señora... —Otra vez mi padre metió su cuchara, dispuesto a hundirme a toda costa. ¿Por qué no se callaba? ¿Por qué siempre la alargaba hasta el infinito? Quería que cerrara su boca y nos fuéramos lo más pronto de ahí, pero mi viejo la embarraba, nadaba en el barro del infierno de su luzzerismo.

—¡Pero no me deja hablar, usted es un reverendo maleducado como su hijo! Váyanse los dos inmediatamente, no los quiero ver más —remató la vieja con autoridad y un poco de razón.

La directora nos echó con un puño en alto detrás del escritorio y de pronto le vino un síncope. Se desarmó al instante y cayó como un muerto. Su cabeza hizo un ruido terrible contra el piso de madera de la secretaría del colegio. Me pase lo que me pase en la vida, jamás voy a olvidarme de ese ruido seco. Echada en el piso boca arriba, abrió la boca como Homero Simpson en el capítulo en el que Jonathan Franzen se pelea con Tobías Wolf y Mario Puzo. ¿Por qué recuerdo ese capítulo? Porque papá vino y me dijo: «Esos tres son grandes escritores». Mario Puzo y Tobías Wolf. ¿Por qué los escritores tienen nombres tan ridículos? ¿Y qué tiene que ver ese capítulo con la vieja tirada en el piso? Demasiadas preguntas para este cuaderno. Habrá que

acostumbrarse, nada es lineal en la vida. La última, que no tiene nada que ver, pero a su vez, tiene que ver con todo: ¿quién iba a decir que terminaría enamorado de Cleopatra y que sería el amor de mi vida?

La vieja levantaba los brazos como un nadador aclambrado en un mar oscuro, tratando de subir hacia la superficie, pidiendo socorro con ahogados susurros. Sarmiento, arriba de su cabeza, sonreía cínico y epifánico. Con mi pobre padre no sabíamos qué hacer para ayudarla mientras ella se ahogaba y se aferraba a las patas de su escritorio. Yo me asusté, guardé todos mis útiles en la mochila y por error me llevé el inhalador celeste. Mi viejo se paró asustado y comenzó a darle ánimos, a ventilarla con un libro. Al toque entraron el portero y la vicedirectora gritándonos qué cosa le habíamos hecho, que éramos unos asesinos, que nuestra familia era un desastre. Yo salí asustado de la dirección y me paré en el umbral de la puerta, mientras papá y las maestras trataban de reanimar a la vieja.

Y en el aura celestial de una sala burocrática de una escuela de barrio de cuarta, bien a la usanza de la gran enseñanza pública argentina, la directora expiró. Caducó, quiero decir que palmó, fue, se acabó, se murió, se pinchó, tildó, la quedó. ¡Me encantan las palabras distintas que quieren decir lo mismo! ¡Me fascina ese gigantismo del lenguaje de encontrar distintas maneras de decir las cosas! Sus últimos suspiros fueron insultos puros; la escuela moldeadora del gran saber nacional había acabado con ella. Sarmiento se reía. Esta escena pantagruélica es la última imagen que guardo de mi querida escuela.

Hola, ¿cómo están? A quienes lean este cuaderno, esta es mi vida.

Anoto cada palabra, me gusta reflexionar sobre ellas porque salen limpias de mi cabeza y no sé bien quién las convocó. Anoto «síncope» y busco en mi pequeño diccionario de bolsillo: «Síncope, estado en que una persona pierde su funcionamiento orgánico y se vuelve disfuncional. Ataque de cólera, irracionalidad, corazón dañado, etcétera». ¿Disfuncional? Yo vivo en el síncope. Síncope, me gustaría bautizar a un pájaro con ese nombre.

Y así pasé de la muerte en la secretaría a la muerte en todos lados; porque mis padres me enviaron al único colegio en el que me aceptaron, un colegio industrial lleno de chicos malos. Era esto o pasarme el año entero mirando televisión, mientras ellos laburaban todo el día. En fin, en vez de dejarme inutilizado, prefirieron mandarme a la guerra con Estados Unidos. Un tinglado de infantes asesinos, aprendices de matones, dealers, trapitos, punteros políticos, saqueadores, arrebatadores. El Gobierno de la Ciudad enviaba ahí a todos

los alumnos conflictivos de los colegios. Encima yo estaba en la mitad de séptimo grado y me pusieron en primer año con chicos más grandes. No les importaba ni siquiera en qué nivel estaba. Nadie preguntaba nada. Todo se definía por la altura o la cara. Para esta escuela del mal no éramos alumnos, ni niños, ni siquiera personas; éramos objetos molestos, «bultos de mugre, bolsas de pus y granos» quitando espacio.

Se me acabaron *Los Simpson*, fue terrible. Ahora que recuerdo y escribo esto me río, pero en esa época me la pasaba temblando, vivía en el terror, horrorizado por la idea de que pudieran matarme en cualquier momento. En ese entonces era imposible para mí imaginar que Cleopatra aparecería en mi vida, transformándola. En esa escuela aprendí que había una sola forma de vivir, y se llamaba sobrevivir a cualquier costa. ¡Fah!, anoto los recuerdos de ese colegio y todavía tiemblo. El tiempo es capaz de hacernos ver las cosas de maneras distintas, lo que antes era negro hoy puede ser blanco y viceversa. El tiempo todo lo endereza, lo mezcla, lo baraja y lo suelta a tal punto que no sé si muchas de las cosas que escribo sucedieron en realidad o son puro chamuyo. ¡Fah!, la pesadilla del primer día de clase. Me sentía como en esa escena de las películas donde el preso nuevo pasa por un pasillo de celdas y salen manos negras dispuestas a apretarle el cuello.

En la escuela del mal siempre hacía calor. Pasara lo que pasara, fuera el mes que fuera, siempre hacía mucho calor. Parecía que el edificio tenía una caldera que no apagaban nunca. Pero no había ninguna caldera, era el mismísimo calor de la energía negativa, del humo, el vapor de los cuerpos craneando maldades, ¡era el mismísimo calor del infierno en Buenos Aires! Será que

todo es un tema de energía. No sé por qué, pero desde ahí siempre relacioné la maldad con el calor, con el fuego, el humo y la transpiración. Leí en un libro de mi papá que los cuerpos que transpiran, los cuerpos que huelen mal, que corren y generan una motricidad salvaje, son los cuerpos poseídos por el demonio. Lo dice un tipo que luego fue perseguido por demonio, por insultar al Corán y anda por todo el mundo huyendo de los extremistas. En la escuela del mal los alumnos fumaban marihuana paraguaya. Otros afilaban sus navajas contra la pared o el piso de mármol del patio. Las facas brillaban en el sol de la mañana y recuerdo que muchas veces llevaban nombres. «Chucha», «Rome-rito», «Alexis», «Cara pálida». Me imaginé que eran rivales a los que habían matado con esas navajas y me vino un miedo atroz. En el celu, apoyado en un borde de un muro, sonaba «The Vulgar King», de Pantera. Era aturdidor. ¿De dónde era esa música? ¿De África, de Inglaterra? ¿A dónde me habían mandado?

Los profesores andaban como zombis por los pasillos; despeinados, con los dedos temblorosos y manchados con el color ocre del tabaco y la nicotina. Se notaba que estaban ahí obligados por una paga miserable, o escapando de una vida problemática. Había una profesora rubia que en mitad de la clase sacaba un cóctel de la cartera y se lo tomaba. Las pastillas se le atragantaban en la garganta porque nunca había agua y se golpeaba el pecho con furia. Su pecho me daba miedo, parecía que iba a estallar, sonaba como un tambor. Nos decía que la disculpásemos, pero era su única manera de soportar la vida. Me sorprendió mucho que fuera tan directa. En ese momento, sospeché que yo también necesitaría de esas pastillas para soportar mi

paso por la escuela. Una vez escupió sangre sobre el pizarrón, nos dijo que el polvo de la tiza le daba alergia y lo limpió con la manga del delantal. Eso me generó una mezcla de asco y lástima.

Odio esta sociedad que resuelve todo con el castigo o con el trabajo. Una sociedad donde todos somos enfermos y la única salvación es odiar al otro. El que más odia, el que más prejuiza, el más desconfiado, el más racista es el que se impone y es aplaudido por los demás, que viven atemorizados como perros muertos de hambre, y ni siquiera eso: un perro muerto de hambre saltaría a comerte el cuello. Me di cuenta de que el Gobierno de la Ciudad no quería mejorar la educación de los que estaban mal. Quería separarlos, mandarlos a un reformatorio o a un loquero. Esta escuela era un espanto, mandaban ahí no sólo a los peores alumnos sino también a los profesores castigados, a todos aquellos que no se adaptaran a las reglas. Era evidente que, si estábamos los peores alumnos, tenían que estar ahí los peores profesores.

Dentro de la escuela, sobre la calle Fitz Roy, había un galpón en donde se ocultaban las cosas robadas en los alrededores. La escuela casi en su totalidad era un centro de operaciones tomado por el hampa. La policía no podía entrar al colegio ni mucho menos arrestar estudiantes sin tener la orden de un juez. Y un juez era incapaz, en este país, de hacer una orden de allanamiento en un colegio y llevar alumnos detenidos. ¡Sería un escándalo mayúsculo y un atentado contra la patria potestad de los padres!

Pero lo que el juez no puede hacer lo hace la policía. De una forma u otra. La yuta no podía entrar al colegio, pero podía meter gente. Y así, de a poco, se

fueron llevando a varios alumnos que, un buen día, dejaban de venir. Cuando un alumno desaparecía, ya sabíamos que era el líder de una banda y la policía se lo había llevado. Esto no salía en ningún lado, nadie quería hacerse cargo de los alumnos de esa escuela.

La policía era la vanguardia. Metió jóvenes policías encubiertos, «infiltrados». Jamás supimos quiénes eran, pero estuvieron entre nosotros mucho tiempo, traficando información y descalabrando la movida. Muchas veces mis compañeros me miraron como a un infiltrado. Podré ser cualquier cosa, pero jamás policía, ni mucho menos buchón de la policía.

Ya de entrada no más, en el primer recreo comenzaron mis problemas.

—¿Cómo te llamás?

—Qué te importa.

—Mirá, pendejo, no sé por qué los imbéciles de tus padres te mandaron a esta escuela, ¿o fue la yuta?

—...

—Si sos rati ya te vamos a sacar la ficha. Si sos un reventadito más, también te vamos a detectar. Acá no hay espacio para reventaditos. Con nosotros basta. ¿Está claro?

—...

—Acá se paga derecho de piso. Si querés andar por el patio, nos tenés que pagar. El patio es nuestro. Acá no se juega ni se estudia, se arman negocios para La Factoría. ¿Te queda claro, gato? ¿Entendiste?

—Sí, entendí —les respondí aterrorizado, a punto de llorar.

Quise preguntarles qué era La Factoría, pero preferí callarme, no quería recibir un buen golpe.